

Artículo

Dilemas y Retos en la Enseñanza de la Psicología de la Intervención Social y Comunitaria

Isidro Maya-Jariego 

Universidad de Sevilla, España

INFORMACIÓN

Recibido: Diciembre 14, 2024
Aceptado: Marzo 24, 2025

Palabras clave:

Psicología comunitaria
Intervención social
Investigación-acción
Sentido de comunidad
Diversidad
Cohesión social

RESUMEN

La enseñanza de la psicología de la intervención social y comunitaria se ha centrado en introducir a los estudiantes el enfoque comunitario de intervención. Sin embargo, los futuros profesionales de la psicología necesitan también adquirir competencias específicas para implementar prácticas basadas en la evidencia, junto con un conocimiento sustantivo sobre los contextos comunitarios. En este artículo revisamos los dilemas y retos de la enseñanza de la psicología comunitaria. Este es un ámbito que se centra en el nivel meso-social de análisis, en el que es necesario prevenir el reduccionismo psicológico de la vida en comunidad y que conlleva asumir la tensión dialéctica entre cohesión comunitaria y diversidad. Por lo que respecta al estudio del sentido psicológico de comunidad, subrayamos la necesidad de adoptar un enfoque interactivo centrado en la dimensión colectiva del concepto. Por lo que respecta a las estrategias de investigación-acción, recordamos que la sistematización de la práctica es un componente central en la propuesta original de Kurt Lewin.

Dilemmas and Challenges in Teaching Psychology of Social and Community Intervention

ABSTRACT

The teaching of Social and Community Intervention Psychology has focused on introducing students to the community approach to intervention. However, future psychology professionals also need to acquire specific skills to implement evidence-based practices, along with substantive knowledge about community contexts. In this article we review the dilemmas and challenges of teaching community psychology. This is an area that focuses on the meso-social level of analysis, where it is necessary to prevent the psychological reductionism of community life, and which entails assuming the dialectical tension between community cohesion and diversity. Regarding the study of the psychological sense of community, we underline the need to adopt an interactive approach focused on the collective dimension of the concept. Regarding action-research strategies, we remember that the systematization of the practice is a central component in the original Kurt Lewin proposal.

Keywords:

Community psychology
Social intervention
Action-research
Sense of community
Diversity
Social cohesion

Introducción

En este artículo vamos a revisar los dilemas y retos fundamentales en la enseñanza de la psicología de la intervención social y comunitaria. En primer lugar, nos centraremos en el concepto fundacional de la disciplina: el sentido psicológico de comunidad. En segundo lugar, reflexionaremos sobre las estrategias de sistematización de la práctica que pueden conducir a una teoría de la acción social. Por lo que respecta al sentido de comunidad, examinamos sucesivamente el nivel colectivo de análisis, la interacción entre aspectos objetivos y subjetivos, y la tensión permanente entre los niveles de cohesión y diversidad de la comunidad. Por lo que respecta al proceso de investigación-acción, recordamos los planteamientos originales de Kurt Lewin, glosamos el papel de las metodologías de la intervención en la generación inductiva de conocimiento, y mostramos la tensión existente entre efectividad y ajuste comunitario en la implementación de programas.

Del Enfoque Comunitario a los Modelos Psicológicos Sobre la Comunidad

Hace unos años, en una consulta informal a los miembros de la Sociedad para la Investigación y la Acción Comunitaria (es decir, la División 27 de la *American Psychological Association*) se sondeó a los participantes sobre cuáles eran los modelos más utilizados por los psicólogos comunitarios en su investigación y en su práctica profesional. Aún sin ánimo de ser exhaustivos, la encuesta arrojaba más de 30 marcos teóricos y modelos de corto alcance, reflejando una gran diversidad de tradiciones intelectuales. Si bien se puede entender como el resultado propio de un ámbito eminentemente pragmático, orientado a la acción, también ponía de manifiesto la necesidad de disponer de teorías más asentadas y consensuadas en el área (Jason et al., 2016). En una disciplina cuyos orígenes se suelen establecer en la mitad de la década de los sesenta del siglo pasado (Walsh, 1987), sigue abierta la reflexión sobre cuáles son los conceptos centrales y cuáles las mejores estrategias de integración teórica.

Entre los modelos que han generado un mayor volumen de investigación empírica se cuentan el sentido psicológico de comunidad, la evaluación de contextos ecológicos y el empoderamiento (Jason et al., 2016). Cuando este bagaje teórico se traslada a los planes de estudio del Grado en Psicología, los estudiantes suelen aprender que el contexto comunitario es importante, que es recomendable intervenir en diferentes niveles ecológicos, y que la intervención psicosocial consiste con frecuencia en poner en marcha dinámicas de colaboración con la comunidad que faciliten el empoderamiento (Maya-Jariego, 2016a). Esto ha ido consolidando un cuerpo de conocimiento que gira en torno a la comprensión de los contextos comunitarios, el análisis de factores de nivel comunitario, la formulación de intervenciones psicosociales, y la integración de la participación de la comunidad en las políticas y programas que pretenden promover la salud y el bienestar (Du Toit y De Klerk, 2023).

En este contexto, la introducción a la psicología de la intervención social y comunitaria proporciona a los estudiantes una comprensión del *enfoque comunitario*, que se aplica en diferentes contextos de intervención. En el ámbito de la salud pública, el surgimiento de dicho enfoque está vinculado con la reforma de los sistemas de salud mental, introduciendo alternativas a la hospitalización psiquiátrica basadas en el apoyo social y los recursos de la comunidad. Este conocimiento resulta especialmente útil para aquellos estudiantes que están comparativamente más familiarizados con el tratamiento clínico y el nivel individual de análisis. Como contrapartida, la investigación en este ámbito parece haber procedido acumulando evidencias empíricas sobre los factores que son relevantes en el contexto comunitario, sin profundizar suficientemente en la naturaleza de los mismos desde un punto de vista psicológico (Maya-Jariego, 2016a). Al mismo tiempo, existe un significativo potencial para integrar las lecciones aprendidas mediante la implementación de programas en una teoría de la acción que trascienda la mera acumulación inductiva de factores de riesgo y protección (Maya-Jariego y Holgado, 2021a). Por consiguiente, pese a que se ha avanzado en ámbitos específicos tales como la evaluación psicológica del entorno ecológico (Kelly, 2006) o la comprensión de los barrios urbanos (Wandersman y Nation, 1998), el desafío fundamental de la disciplina todavía reside en su desarrollo sustantivo.

Sentido de Comunidad

Las comunidades son estructuras complejas, en las que interactúan componentes objetivos y subjetivos, y que están en tensión permanente con la diversidad humana. Como examinamos a continuación, estas tres características suponen retos específicos para la enseñanza de la psicología de la intervención social y comunitaria.

La Importancia Psicológica del Nivel Meso-Social de Análisis

Cuando una persona emigra puede tomar conciencia repentinamente de la estructura social de la que forma parte. Al llegar a un nuevo país, comprobará que no sólo empiezan a cambiar la estructura y la composición de su red personal, sino que en su vida cotidiana también pierden importancia relativa las redes que tejieron sus abuelos. Por un lado, hay contactos personales que están menos accesibles para la interacción social o para la provisión de apoyo. Por otro lado, se produce una transformación en el estatus y la imbricación comunitaria en relación con la sociedad receptora. Por eso la experiencia de la migración parece contribuir a que los individuos sean más conscientes de las comunidades en las que están insertos y de las consecuencias de dicha pertenencia en términos prácticos (Buckingham et al., 2018). En cierto modo, la experiencia de los inmigrantes puede entenderse como una transición ecológica entre la comunidad local del país de origen y la comunidad local del país receptor, mediada por la comunidad relacional de compatriotas inmigrados (Maya-Jariego y Armitage, 2007).

Sin embargo, para la mayoría de las personas resulta bastante arduo elaborar un listado de las comunidades en las que partici-

pan. Las comunidades son colectivos más amplios y difusos que los grupos pequeños, de modo que los individuos tienen más dificultades para procesarlas de manera consciente (Maya-Jariego, 2004). En sentido estricto, las comunidades son estructuras de nivel meso-social, en las que el individuo no necesariamente entra en interacción directa con todos los miembros que las componen. Por ejemplo, una persona puede desarrollar un sentimiento de pertenencia con el barrio en el que reside sin llegar a conocer a todos los vecinos, o sin relacionarse con todos ellos. En última instancia, la idea de comunidad remite a una influencia inconsciente de la estructura social sobre el comportamiento individual, a la vez que pone de manifiesto la importancia psicológica de las relaciones interpersonales indirectas. Esto convierte en todo un reto la evaluación psicosocial de las comunidades, pues el colectivo que elegimos como referencia no siempre coincide con la experiencia subjetiva de los individuos. También convierte en un desafío la enseñanza sobre este tema a los estudiantes de psicología, al tratarse de un concepto con unos límites y unas propiedades a priori menos objetivables que los de los grupos pequeños.

Una manera de aproximarse a este tema, y de afrontar dicha dificultad, consiste en recurrir a un relato histórico de la aparición del concepto. Cuando Ferdinand Tönnies establece, en 1887, la distinción ya clásica entre “comunidad” y “sociedad”, lo hace en un contexto en el que preocupan los problemas de cohesión social asociados a los procesos de industrialización y urbanización de finales del siglo diecinueve. Más recientemente, cuando Robert Putnam (2000) contribuye a una amplia difusión del concepto de “capital social” en las ciencias sociales, está describiendo la transformación de los patrones de sociabilidad en Norteamérica en la segunda mitad del siglo veinte. Pese a que los separan más de cien años de diferencia, hay una línea de continuidad entre ambos. Con la industrialización, las formas de organización social tradicional, tales como la realización del trabajo agrícola en grupos familiares, son sustituidas progresivamente por formas de división del trabajo más complejas. Igualmente, con la globalización, se observa un declive sostenido en toda una serie de indicadores de actividad cívica que abarcan desde la participación en actos públicos a la relación personal con los vecinos, la afiliación a asociaciones, la implicación política o, en general, el nivel de compromiso comunitario. En los dos casos, un estilo más individualista, o formas de relación más instrumentales, sustituyen a modos de asociación precedentes altamente cohesivos.

Este relato histórico coincide por regla general con las experiencias que han vivido los estudiantes contemporáneos, en una época caracterizada por un marcado proceso de personalización. No en vano las nuevas formas de sociabilidad se han dado en llamar “individualismo en red” (Wellman et al., 2003), por lo que las transformaciones sociales iniciadas con la industrialización concuerdan con las pautas de conectividad social que los estudiantes actuales perciben en su entorno interpersonal. Esto dota de sentido a su propia experiencia y les permite conectar con el sentimiento de “comunidad perdida” que está presente desde los orígenes de la formulación del concepto en el ámbito de la psicología comunitaria.

El propio Seymour Sarason, en una de las obras fundacionales de la disciplina, señalaba que “la ausencia o dilución del sentido psicológico de comunidad es la dinámica más destructiva en la vida de las personas en nuestra sociedad” (Sarason, 1974, p. 96).

Un segundo acercamiento consiste en presentar problemas actuales que ilustran la relevancia de los procesos de pertenencia comunitaria. Un caso paradigmático es el declive de las comunidades rurales tradicionales y sus implicaciones políticas. En España, el 84 por ciento de la población ocupa el 48 por ciento del territorio (en áreas urbanas), mientras que más de la mitad del país está formado por un entorno rural con una baja densidad de población. La denominación de “España vacía” (Del Molino, 2016) ha servido para revelar los problemas de esas amplias regiones del interior peninsular, donde confluyen la despoblación, el abandono rural, la falta de oportunidades y una clara desigualdad de servicios y recursos en comparación con las zonas urbanas. En Estados Unidos, un caso similar es el de los habitantes de la cordillera de los Apalaches, donde se concentran amplios segmentos de población de clase blanca empobrecida que han experimentado un proceso de radicalización política (Vance, 2017). También en este caso se trata de colectivos que han estado expuestos a un proceso de devastación cultural y a la degradación progresiva de las comunidades rurales del interior. Es en este contexto social y geográfico en el que los trabajadores del carbón reaccionaron contra las ideas ecologistas de promover energías alternativas, al considerar que no respondían a sus necesidades sino a los intereses de las élites urbanas (Nesbitt y Weiner, 2001). El equivalente en España serían los movimientos “en defensa de la caza, la pesca, el campo y sus tradiciones”.

La Experiencia Subjetiva de Pertenencia a la Comunidad

El enfoque predominante en el estudio psicológico de las comunidades es el análisis de la experiencia subjetiva de sus miembros. En su formulación original, se concibe el sentido de comunidad como “la percepción de similitud con los demás, una interdependencia reconocida con los otros, la voluntad de mantener esta interdependencia dando o haciendo por los demás lo que uno espera de ellos, el sentimiento de que uno es parte de una estructura más grande, confiable y estable” (Sarason, 1974, p.157). Se trata, por tanto, de la combinación del sentimiento de pertenencia al colectivo con la percepción de similitud e interdependencia con el resto de los miembros que lo componen. Además, se basa en el desarrollo de una conexión emocional compartida, a través de la interacción social positiva con otros miembros de la comunidad.

El estudio sistemático de la experiencia subjetiva de pertenencia a una comunidad se ha reflejado en la formulación de un modelo de cuatro factores, ampliamente utilizado. Los cuatro elementos del sentido de comunidad son la membresía, la influencia mutua, la satisfacción de necesidades y la conexión emocional compartida (McMillan y Chavis, 1986). Aunque los miembros varían en su grado de compromiso con la comunidad, normalmente el colectivo cuenta con unos límites (más o menos difusos) que permiten diferenciar entre quienes son miembros y los que no. Los individuos

pueden influir en el grupo, y obtienen recursos de valor por su participación en el mismo. Además, la interacción continuada y el desarrollo de una historia compartida suele reflejarse en un vínculo emocional positivo con los demás miembros del colectivo.

Este modelo de cuatro factores se ha utilizado sobre todo en el estudio de los barrios, las relaciones vecinales y la participación comunitaria. La investigación ha permitido comprobar que el sentimiento de pertenencia se ve favorecido por la existencia de escenarios de conducta apropiados en el barrio, así como por el ejercicio de un papel de articulación eficaz por parte de los líderes comunitarios y la presencia de asociaciones locales. Los lugares de encuentro ofrecen oportunidades de interacción con los vecinos y aumentan la identificación con las comunidades locales (Maya-Jariego et al., 2023a). En función del diseño urbano, facilitan la vinculación con los vecinos aquellos barrios en los que se puede caminar, que disponen de zonas verdes o que tienen áreas comunes (Sullivan et al., 2004; Wood et al., 2010). El sentido de pertenencia también está directamente conectado con los procesos de participación comunitaria, un ámbito en el que tanto las organizaciones de base como las personas clave en el contexto comunitario local pueden resultar decisivos (Chavis y Wandersman, 1990; Kingston et al., 1999).

Como contrapartida, el concepto de sentido de comunidad tiene un claro potencial, aún escasamente desarrollado, para conectarlo con las teorías de la identidad social y los procesos psicosociales básicos. Gran parte de su singularidad radica, como ya hemos adelantado, en combinar un componente afectivo con un nivel de análisis meso-social. Para profundizar en la experiencia subjetiva de pertenencia a la comunidad sería de interés explorar las propiedades emergentes de las emociones colectivas (Goldenberg et al., 2020; Rimé y Páez, 2023; Von Scheve y Ismer, 2013). Igualmente se puede ganar en una mayor complejidad en el análisis. Con población inmigrante, se ha observado que tanto las estrategias de aculturación como las relaciones intergrupales con la sociedad receptora guardan relación con la manera en la que el individuo gestiona los múltiples sentidos de comunidad (Mannarini et al., 2018; Maya-Jariego y Armitage, 2007). Al mismo tiempo, repercute en los niveles de satisfacción con la vida de la población local (Hombrados et al., 2009). No obstante, también existe una vertiente negativa de la experiencia subjetiva de pertenencia. En barrios de alto riesgo, cuando se percibe a la comunidad como una carga (en lugar de un recurso), el distanciamiento puede ser adaptativo, hasta el punto de que un sentido de pertenencia negativo se asocia con mejores resultados en los indicadores de calidad de vida y bienestar psicológico (Brodsky, 1996). Esto ha llevado a proponer que el sentido psicológico de comunidad es un constructo bipolar, y que puede darse un sentido negativo de pertenencia que aleja al individuo de la comunidad de referencia (Brodsky, 1996; Mannarini et al., 2014).

Llegados a este punto, conviene advertir a los estudiantes sobre el riesgo de caer en una *psicologización* del concepto. En los orígenes de este ámbito de investigación, la comunidad se con-

cibe como “una red de relaciones fácilmente disponible, de apoyo mutuo, de la que uno podría depender” (Sarason, 1974, p. 1). Por consiguiente, además de un componente subjetivo, existe un elemento objetivo, así como un proceso de dependencia recíproca entre el individuo y la comunidad. Es decir, es un componente integral de la propia definición de comunidad la sensación de formar parte de un grupo, así como un sentimiento compartido de que las necesidades colectivas serán atendidas bajo un compromiso cooperativo entre todos sus integrantes. Sin embargo, la comunidad no se puede reducir a la experiencia subjetiva de los individuos que la componen, sino que se asienta en redes de interacción preexistentes que hacen posible la interdependencia entre sus miembros. Esto es lo que ha llevado a proponer estrategias de análisis de redes para examinar la cohesión social en el nivel comunitario (Dawson, 2008; Maya Jariego y Holgado, 2015; Maya Jariego et al., 2020).

La Disputa en el Diseño de Escalas de Evaluación Psicométrica

El proyecto *Block Booster* es ampliamente conocido por su contribución en el estudio de la participación comunitaria. A través de una iniciativa de investigación-acción desarrollada en los distritos de Brooklyn y Queens, en Nueva York, proporcionaron entrenamiento a los líderes de asociaciones de vecinos, asociaciones de comerciantes y organizaciones de voluntariado, entre otras entidades locales. Las labores de consultoría para mejorar las capacidades organizativas, junto con el entrenamiento de los líderes comunitarios, resultaron efectivas en el aumento de la participación vecinal (Florin et al., 1992). Por eso se suele incluir entre los programas ejemplares en el fomento de la participación (Maya Jariego y Holgado, 2021a).

Sin embargo, es menos conocido el vínculo del proyecto *Block Booster* con el estudio del sentido psicológico de comunidad. Para medir el impacto de la intervención evaluaron el grado de cohesión comunitaria en las manzanas de cada distrito, incorporando un amplio listado de ítems sobre el sentido de pertenencia al barrio, las características del entorno comunitario y la percepción de las relaciones con los vecinos. Algunos de esos ítems forman parte actualmente de dos de las escalas psicométricas más utilizadas en la evaluación del sentido de comunidad: el *índice de sentido de comunidad* (Chavis et al., 1986) y el *índice breve de sentido de comunidad* (Long y Perkins, 2003). La existencia de estas dos escalas es el resultado de una disputa.

En la década de los ochenta del siglo pasado dos jóvenes investigadores trabajaban en sus tesis doctorales en el marco del proyecto *New York City Block Booster*: David Chavis y Douglas Perkins. El primero de ellos se adelantó en la publicación de resultados basados en los ítems de cohesión comunitaria (Chavis et al., 1986). Además, en el mismo monográfico del *Journal of Community Psychology* (Vol. 14, Issue 1) participó en la formulación de los cuatro factores del sentido de comunidad que más tarde se popularizarían en los manuales de psicología comunitaria como el “Modelo de McMillan y Chavis”. Con el paso del tiempo, el *Sense of*

Community Index (SCI-1), de 12 ítems, se fue consolidando como el instrumento de referencia para evaluar los cuatro factores axiomáticos del sentido de comunidad, a saber: Membrecía, Influencia, Satisfacción de necesidades y Conexión emocional compartida.

Sin embargo, Douglas Perkins sostiene que la primera publicación de los 12 ítems del actualmente conocido como *Sense of Community Index* (SCI-1) se produjo más tarde: en Perkins et al., 1990. Al mismo tiempo, la comprobación empírica de la estructura factorial ha arrojado pobres resultados. Esto se tradujo en el diseño de una escala breve de 8 ítems, con tres factores alternativos: Intereses mutuos, Conexiones sociales y Valores comunitarios (Long y Perkins, 2003).

Más allá de la disputa sobre la autoría, esta controversia ha suscitado nuevos desarrollos psicométricos y ha reavivado el debate sobre el propio concepto de sentido de comunidad. Por un lado, se han diseñado escalas con mejores indicadores de fiabilidad y validez en la evaluación de los cuatro factores de McMillan y Chavis (Peterson et al., 2008). El propio David Chavis ha trabajado en una versión de 24 ítems con mejores propiedades psicométricas, conocida como SCI-2 (Chavis et al., 2008). Por otro lado, se ha abierto la discusión sobre cuáles son los elementos que componen el sentido de comunidad y cuál es la mejor forma de evaluarlos (Cope et al., 2020).

Todo esto pone de manifiesto que la definición operativa del sentido psicológico de comunidad sigue siendo una cuestión abierta, pese a tratarse de un concepto central en la disciplina. En primer lugar, en el estudio de las comunidades territoriales muestra cierto grado de solapamiento con el concepto de apego al lugar (Long y Perkins, 2007). En segundo lugar, cuando se refiere al barrio de residencia, es frecuente encontrar una clara diferenciación entre los recursos y oportunidades que ofrece el vecindario, por un lado, y la interacción social con los vecinos, por otro lado (Jason et al., 2015; Maya Jariego et al., 2023a). En tercer lugar, pese a que ha sido insuficientemente explorada, la conexión emocional compartida puede tener un papel central en la comprensión de la dimensión colectiva de este fenómeno (Maya Jariego, 2023).

La Tensión Dialéctica Entre la Cohesión Comunitaria y la Diversidad

Otro valor central en las intervenciones comunitarias es el fomento y el respeto de la diversidad. Esto se ha traducido en la utilización de diferentes marcos teóricos que analizan la identidad de las minorías en situaciones de contacto intergrupar. Este tipo de enfoques se han extendido ampliamente en psicología, especialmente desde la década de los 1990, coincidiendo con el aumento de las migraciones, los viajes internacionales o los intercambios académicos, entre otras transformaciones demográficas. Algunos de dichos modelos se han asentado como referencia habitual en la investigación y la intervención. Por un lado, el modelo de aculturación examina los cambios comportamentales y actitudinales que experimentan aquellos individuos y grupos que están expuestos a

un contacto intercultural prolongado (Berry, 2005). Por otro lado, si adoptamos un punto de vista evolutivo, sabemos que en los grupos minoritarios el sentido de pertenencia al colectivo surge con cierta frecuencia como reacción, o como forma de resistencia, después de sufrir algunas experiencias de discriminación por parte de miembros de la mayoría (Phinney, 1989). Otra aproximación muy utilizada consiste en comparar la variación de las culturas nacionales en dimensiones tales como la distancia de poder o los niveles de individualismo-colectivismo (Hofstede, 2001). En la práctica, todos estos planteamientos permiten adaptar las intervenciones psicosociales a las características de la comunidad con la que se trabaja.

Sin embargo, la cohesión comunitaria y el respeto de la diversidad mantienen una tensión dialéctica entre sí (Neal, 2017). Hasta el punto de que, con frecuencia, se observa una relación inversa entre las condiciones que promueven la diversidad y las que promueven el sentido de comunidad (Neal y Neal, 2014). En entornos rurales, se ha observado que las comunidades altamente cohesivas pueden tener prácticas excluyentes con los recién llegados. Ocurre, por ejemplo, con cierta frecuencia en el caso de aquellos nuevos pobladores, conocidos como “neorrurales”, que emigran al campo con la intención de tener una vida sencilla o realizar actividades agrícolas, pero que no siempre son bien recibidos por las comunidades locales (Chevalier, 1993). En sentido contrario, y por regla general en contextos urbanos, se ha observado que los niveles de confianza a veces son menores en los barrios más diversos étnicamente (Putnam, 2000). Bajo determinadas circunstancias, la diversidad también parece mostrar relaciones inversas con la participación cívica y el capital social (Gesthuizen et al., 2009).

Por eso se hace necesario introducir a los estudiantes en el manejo equilibrado de las estrategias de fomento de la cohesión social y ajuste comunitario a la diversidad cultural. Las acciones que se orientan en un sentido pueden tener efectos indirectos en el otro. Sobre el papel, las comunidades extremadamente cohesivas podrían resultar excluyentes para las minorías. Del mismo modo, los casos extremos de diversidad o de heterogeneidad poblacional podrían traducirse en segregación comunitaria cuando no se establecen unas pautas de convivencia comunes. Para afrontar la complejidad de este tipo de situaciones se ha propuesto articular estrategias de cohesión e intermediación basadas en redes (Maya-Jariego y Holgado, 2021b; Neal y Neal, 2019), o bien recurrir a la combinación de múltiples grupos de pertenencia y el uso de categorías cruzadas (Brewer, 2013; Brodsky y Marx, 2001).

Entre otras alternativas, también se recomienda prestar atención a los “contextos de diversidad”. En una referencia ya clásica, Edin-son Trickett (1996) distinguía la mera *diversidad de contextos* a los que están expuestos los individuos, de los *contextos de diversidad* de los que forman parte. La composición y el tamaño de los grupos que están en contacto en un escenario determinado varían en cada contexto comunitario. También hay variaciones en la forma en la que en cada contexto se trata la diversidad. Por ilustrarlo con un caso extremo: un pueblo rural aislado es claramente diferente de

un barrio *superdiverso* de una gran ciudad, no solo en términos de la heterogeneidad poblacional sino en la manera en la que ambos reaccionan a la diversidad de sus integrantes. De acuerdo con ello, la efectividad de las intervenciones puede depender en parte del contexto de diversidad con el que interactúan. Podría darse el caso de que los valores de respeto a la diversidad refuerzan la cohesión del colectivo en un contexto de *superdiversidad*, mientras que tienen un efecto compensatorio en las comunidades rurales homogéneas y altamente cohesivas.

La Investigación-Acción

Si algo caracteriza a la disciplina es su conexión con la acción. La tradición de investigación-acción de Kurt Lewin es uno de los antecedentes históricos directos de la psicología de la intervención social y comunitaria (Kloos et al., 2012). Como su propio nombre indica, se caracteriza por integrar la investigación y la acción social, de un modo que contribuye a generar conocimiento teórico al mismo tiempo que pretende dar respuesta a las necesidades sociales. De acuerdo con estos planteamientos, se concibe la investigación-acción como un ciclo de aprendizaje basado en la experiencia, que permite incorporar procesos de mejora continua en las intervenciones (Lewin, 1946). Se trata de una perspectiva pragmática, orientada a los resultados, que da lugar indirectamente a una metodología de la intervención. De ahí surgen herramientas como la formulación de criterios objetivos de logro, la descripción realista de los problemas sociales sobre los que se actúa, y la valoración del impacto de las intervenciones. Son precursores de la evaluación de necesidades o el diseño y la evaluación de programas, tal y como hoy los conocemos.

Sin embargo, se pasa por alto con cierta frecuencia la concepción de la investigación-acción como “una investigación comparada sobre las condiciones y efectos de diversas formas de acción social” (Lewin, 1946, p. 35). El contexto original de la frase resulta inspirador para cualquier estudiante que se acerca por primera vez a este tema:

“La investigación que se necesita para la práctica social puede caracterizarse mejor como una investigación para la gestión social, o la ingeniería social. Es un tipo de investigación-acción, una investigación comparada sobre las condiciones y efectos de diversas formas de acción social y una investigación que conduce a la acción social. La investigación que no produzca más que libros no será suficiente” (Lewin, 1946, pág. 35).
[Traducción propia]

Detrás de esa idea está el germen de la sistematización de la práctica. La implementación de programas ofrece oportunidades para la generación inductiva de conocimiento y, por consiguiente, para la construcción teórica. Las estrategias efectivas de intervención son diferentes en función del contexto comunitario, la población destinataria y los problemas de referencia. Por eso resultan de utilidad herramientas tales como los repositorios de prácticas basadas en la evidencia, la tipificación de lecciones aprendidas, el

metaanálisis de ensayos aleatorios controlados, o las guías para la monitorización de intervenciones, entre otras. Estas herramientas se pueden utilizar en el análisis comparado de los programas preventivos, para identificar factores de riesgo y protección comunes en diferentes problemas sociales (Durlak, 1998; Maya-Jariego y Holgado, 2021a). Este tipo de contenidos, no sólo tienen un enorme potencial teórico, sino que les proporciona a los estudiantes una guía práctica para la intervención, organizada según los problemas sociales y la población destinataria. Además, pueden servir de base para identificar las competencias profesionales básicas en la intervención comunitaria (Maya-Jariego, 2009, 2016b).

Podemos ilustrar esta “visión comparada de las condiciones y efectos de la acción social” con dos necesidades sociales claramente diferenciadas: la prevención del trabajo infantil y el fomento del voluntariado. Tres prácticas basadas en la evidencia para la reducción del trabajo infantil son las coaliciones comunitarias, las transferencias condicionadas de efectivo, y las intervenciones psicoeducativas para prevenir el abandono escolar (Maya Jariego, 2021). Por un lado, la colaboración tripartita entre gobiernos, empleadores y sindicatos mejora la vigilancia y el control de la implicación laboral de los menores. En segundo lugar, las ayudas económicas a las familias vulnerables resultan especialmente efectivas cuando están condicionadas a unas pautas de crianza adecuadas, que garanticen el seguimiento médico y la continuidad educativa de los hijos. Por último, prevenir el abandono temprano de la escuela reduce las probabilidades de que los menores se incorporen al mundo laboral antes de la edad mínima legal de acceso al trabajo.

En el caso del fomento del voluntariado, tres prácticas basadas en la evidencia son el aprendizaje-servicio, las experiencias tempranas de participación y la capacitación de los líderes de asociaciones (Maya-Jariego et al., 2023b). Las primeras experiencias de implicación comunitaria, ya sea en el ámbito educativo o en contextos informales, predicen el ejercicio de la ciudadanía activa durante la vida adulta. Igualmente, formar a los líderes comunitarios mejora sus capacidades de gestión, implicación y seguimiento del voluntariado. En la práctica desarrollar las competencias de los líderes se relaciona positivamente con el aumento de la participación de los vecinos, e incluso con la introducción de mejoras objetivas en el entorno del barrio.

Las estrategias que resultan efectivas son diferentes en cada caso. Para reducir el trabajo infantil se desarrollan actuaciones que implican a las familias, que refuerzan la experiencia educativa y que inciden en la transformación de las normas sociales. Para fomentar el voluntariado se pone el acento en las competencias de los líderes y los participantes en iniciativas comunitarias, y se ofrecen oportunidades de participación temprana a los adolescentes. En el primer caso se proporciona a las familias de bajos ingresos alternativas al trabajo infantil de sus hijos, ofreciendo recursos educativos y económicos compensatorios. Al mismo tiempo, se refuerzan los mecanismos de control social sobre la educación obligatoria y el cumplimiento de la edad mínima legal de acceso al trabajo. En el

segundo caso se fomenta el aprendizaje de las competencias requeridas para participar y se ofrecen experiencias positivas de implicación comunitaria. Además, se refuerza el papel clave de los líderes locales en la movilización de otros miembros de la comunidad. La visión comparada, propia de la investigación-acción, permite interpretar desde un punto de vista teórico cada problema, identificando cuáles son los procesos psicosociales relevantes en cada caso y, de acuerdo con ello, las estrategias que resultan pertinentes y potencialmente efectivas.

Efectividad, Ajuste e Implementación

La intervención psicosocial efectiva depende de un nivel adecuado de preparación comunitaria, contar con las capacidades organizativas necesarias, y disponer de prácticas basadas en la evidencia (Maya Jariego et al., 2010). Por ejemplo, los programas preventivos que obtuvieron resultados positivos en la reducción del tabaquismo se basaban en un modelo empíricamente fundamentado, que era también ampliamente aceptado por la población (Biglan y Taylor, 2000). Cuando coinciden ambas condiciones, las organizaciones sociales parten del análisis científico previo para realizar actividades de movilización social e implementar programas de prevención pertinentes, adecuados y efectivos. Como ilustra este caso, las prácticas basadas en la evidencia son necesarias, pero no suficientes para la obtención de resultados positivos.

En consecuencia, es necesario advertir a los estudiantes de que existen procesos clave durante la implementación que dependen de la interacción entre factores organizativos y factores comunitarios. Concretamente, se produce una influencia mutua entre las características de las organizaciones que desarrollan los programas y las peculiaridades del sistema comunitario receptor de la intervención. Por un lado, los resultados de la intervención van a depender de las características del contexto comunitario en el que se lleva a cabo. Por otro lado, tanto la disposición para el cambio en la comunidad como las capacidades organizativas de quienes impulsan la intervención son condiciones previas para que las prácticas basadas en la evidencia obtengan los resultados deseados. En definitiva, no basta con diseñar buenos programas, sino que es necesario implementarlos de modo adecuado para generar el impacto esperado. De ahí el papel fundamental que suele tener la participación de la comunidad.

Conclusión

Lo psicosocial no se distingue por unos temas, un contenido o un territorio específicos, sino por un enfoque caracterizado por las relaciones de interdependencia e influencia mutua entre los diversos niveles de la realidad social (Blanco, 2023). Cuando se traslada al ámbito de la intervención social y comunitaria, dicho enfoque pone el acento en el aprovechamiento de los recursos endógenos de la comunidad, así como en el desarrollo de actuaciones con niveles adecuados de ajuste comunitario, que promuevan la cohesión y el sentido psicológico de comunidad (Maya-Jariego y Holgado,

2021a). Para ponerlo en práctica, no sólo es necesario prevenir el reduccionismo psicológico, sino que los impulsores de la intervención deben gestionar de manera eficiente la tensión dialéctica entre las diferentes necesidades de la comunidad. Como hemos mostrado a lo largo de estas páginas, la formación de los estudiantes en este ámbito de especialización tiene entre sus retos el desarrollo de competencias para, por un lado, articular procesos de participación comunitaria y, por otro lado, implementar prácticas basadas en la evidencia. La combinación de los principios de efectividad y ajuste comunitario es una capacidad fundamental entre los profesionales de la intervención psicosocial. Normalmente conlleva integrar el conocimiento previo sobre qué estrategias funcionan, con las capacidades comunitarias y organizativas que hacen posible la implementación de programas. Cuando eso ocurre, los profesionales de la psicología hacen de intermediarios entre los modelos teóricos y las dinámicas de la comunidad.

Conflicto de Intereses

El autor de este trabajo declara que no existe conflicto de intereses.

Financiación

La revisión de la literatura sobre sentido psicológico de comunidad se realizó en el marco del proyecto *Múltiples sentidos de comunidad en barrios colindantes: un enfoque basado en el análisis de las redes personales* (PID2021-126230OB-I00), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación en la convocatoria de Proyectos de Investigación Orientada del Plan Estatal 2021-2023.

Referencias

- Berry, John. W. (2005). Acculturation: Living successfully in two cultures. *International Journal of Intercultural Relations*, 29(6), 697-712. <https://doi.org/10.1016/j.ijintrel.2005.07.013>
- Biglan, Anthony y Taylor, Ted K. (2000). Why have we been more successful in reducing tobacco use than violent crime? *American Journal of Community Psychology*, 28(3), 269-302. <https://doi.org/10.1023/A:1005155903801>
- Blanco, Amalio (2023). Uso y abuso del término "Psicosocial" en el campo de la intervención social. *Papeles del Psicólogo*, 44(2), 55-63. <https://dx.doi.org/10.23923/pap.psicol.3011>
- Brewer, Marilyn B. (2013). Reducing prejudice through cross-categorization: Effects of multiple social identities. En Stuart Oskamp (Ed.), *Reducing prejudice and discrimination* (pp. 165-183). Psychology Press.
- Brodsky, Anne E. (1996). Resilient single mothers in risky neighborhoods: Negative psychological sense of community. *Journal of Community Psychology*, 24(4), 347-363. [https://doi.org/10.1002/\(SICI\)1520-6629\(199610\)24:4%3C347::AID-JCOP5%3E3.0.CO;2-R](https://doi.org/10.1002/(SICI)1520-6629(199610)24:4%3C347::AID-JCOP5%3E3.0.CO;2-R)

- Brodsky, Anne E. y Marx, Christine M. (2001). Layers of identity: Multiple psychological senses of community within a community setting. *Journal of Community Psychology*, 29(2), 161-178. [https://doi.org/10.1002/1520-6629\(200103\)29:2%3C161::AID-JCOP1011%3E3.0.CO;2-1](https://doi.org/10.1002/1520-6629(200103)29:2%3C161::AID-JCOP1011%3E3.0.CO;2-1)
- Buckingham, Sara L.; Brodsky, Anne E.; Rochira, Alessia; Fedi, Angela; Mannarini, Terry; Emery, Lindsay; Godsay, Surbhi; Miglietta, Anna y Gattino, Silvia (2018). Shared communities: A multinational qualitative study of immigrant and receiving community members. *American Journal of Community Psychology*, 62(1-2), 23-40. <https://doi.org/10.1002/ajcp.12255>
- Chavis, David M. y Wandersman, Abraham (1990). Sense of community in the urban environment: A catalyst for participation and community development. *American Journal of Community Psychology*, 18(1), 55-81. <https://doi.org/10.1007/BF00922689>
- Chavis, David M.; Hogge, James H.; McMillan, David W., y Wandersman, Abraham (1986). Sense of community through Brunswik's lens: A first look. *Journal of Community Psychology*, 14(1), 24-40. [https://doi.org/10.1002/1520-6629\(198601\)14:1%3C24::AID-JCOP2290140104%3E3.0.CO;2-P](https://doi.org/10.1002/1520-6629(198601)14:1%3C24::AID-JCOP2290140104%3E3.0.CO;2-P)
- Chavis, David M.; Lee, K. S. y Acosta, J. D. (2008). *Sense of Community Index 2 (SCI-2)* [Database record]. APA PsycTests. <https://doi.org/10.1037/t33090-000>
- Chevalier, Michel (1993). Neo-rural phenomena. *L'Espace géographique*, 1(1), 175-191.
- Cope, Michel R.; Ward, Carol; Jackson, Jorden E.; Muirbrook, Kayci A. y Andre, Alex N. (2020). Taking another look at the sense of community index: Six confirmatory factor analyses. *Journal of Community Psychology*, 48(5), 1410-1423. <https://doi.org/10.1002/jcop.22335>
- Dawson, Shane (2008). A study of the relationship between student social networks and sense of community. *Journal of Educational Technology & Society*, 11(3), 224-238. <https://doi.org/10.1016/j.iheduc.2006.06.007>
- Del Molino, Sergio (2016). *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid: Noema.
- Du Toit, Ryan E. y De Klerk, Werner (2023). Psychosocial Research and Communities. *Journal of Community Psychosocial Research*, 1(1). <https://doi.org/10.36386/jcpr.v1i1.312>
- Durlak, Joseph A. (1998). Common risk and protective factors in successful prevention programs. *American Journal of Orthopsychiatry*, 68(4), 512. <https://doi.org/10.1037/h0080360>
- Florin, Paul; Chavis, David; Wandersman, Abraham y Rich, Richard (1992). A systems approach to understanding and enhancing grassroots organizations: The Block Booster Project. En Ralph L. Levine e Hiram E. Fitzgerald (Eds.), *Analysis of Dynamic Psychological Systems: Volume 2 Methods and Applications* (pp. 215-243). Springer Nature.
- Gesthuizen, Maurice; Van der Meer, Tom y Scheepers, Peer (2009). Ethnic diversity and social capital in Europe: Tests of Putnam's thesis in European countries. *Scandinavian Political Studies*, 32(2), 121-142. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9477.2008.00217.x>
- Goldenberg, Amit; Garcia, David; Halperin, Eran y Gross, James J. (2020). Collective emotions. *Current Directions in Psychological Science*, 29(2), 154-160. <https://doi.org/10.1177/0963721420901574>
- Hofstede, Geert (2001). *Culture's consequences: Comparing values, behaviors, institutions and organizations across nations*. Sage.
- Hombrados-Mendieta, Isabel; Gomez-Jacinto, Luis y Dominguez-Fuentes, Juan M. (2009). The impact of immigrants on the sense of community. *Journal of Community Psychology*, 37(6), 671-683. <https://doi.org/10.1002/jcop.20323>
- Jason, Leonard A.; Stevens, Ed y Ram, Daphna (2015). Development of a three-factor psychological sense of community scale. *Journal of Community Psychology*, 43(8), 973-985. <https://doi.org/10.1002/jcop.21726>
- Jason, Leonard A.; Stevens, Ed; Ram, Daphna; Miller, Steven A.; Beasley, Christopher R. y Gleason, Kristen D. (2016). Theories in the field of community psychology. *Global Journal of Community Psychology Practice*, 7(2), 1-27. <https://doi.org/10.7728/0702201601>
- Kelly, James G. (2006). *Becoming ecological: An expedition into community psychology*. Oxford University Press.
- Kingston, Sharon; Mitchell, Roger; Florin, Paul y Stevenson, John (1999). Sense of community in neighborhoods as a multi-level construct. *Journal of Community Psychology*, 27(6), 681-694. [https://doi.org/10.1002/\(SICI\)1520-6629\(199911\)27:6%3C681::AID-JCOP4%3E3.0.CO;2-W](https://doi.org/10.1002/(SICI)1520-6629(199911)27:6%3C681::AID-JCOP4%3E3.0.CO;2-W)
- Kloos, Bret; Hill, Jean; Thomas, Elizabeth; Wandersman, Abraham; Elias, Maurice J. y Dalton, James H. (2012). *Community Psychology: Linking Individuals and Communities (3rd Ed.)*. Wadsworth.
- Lewin, Kurt (1946). Action research and minority problems. *Journal of Social Issues*, 2(4), 34-46. <https://doi.org/10.1111/j.1540-4560.1946.tb02295.x>
- Long, D. Adam y Perkins, Douglas D. (2003). Confirmatory factor analysis of the sense of community index and development of a brief SCI. *Journal of Community Psychology*, 31(3), 279-296. <https://doi.org/10.1002/jcop.10046>
- Long, D. Adam y Perkins, Douglas D. (2007). Community social and place predictors of sense of community: A multilevel and

- longitudinal analysis. *Journal of Community Psychology*, 35(5), 563-581. <https://doi.org/10.1002/jcop.20165>
- Mannarini, Terri; Rochira, Alessia y Talò, Cosimo (2014). Negative psychological sense of community: Development of a measure and theoretical implications. *Journal of Community Psychology*, 42(6), 673-688. <https://doi.org/10.1002/jcop.21645>
- Mannarini, Terri; Talò, Cosimo; Mezzi, Monica y Procentese, Fortuna (2018). Multiple senses of community and acculturation strategies among migrants. *Journal of Community Psychology*, 46(1), 7-22. <https://doi.org/10.1002/jcop.21913>
- Maya-Jariego, Isidro (2004). Sentido de comunidad y potenciación comunitaria. *Apuntes de Psicología*, 22(2), 187-211. <https://doi.org/10.55414/ap.v22i2.50>
- Maya-Jariego, Isidro (2009). Guía Europsy para la evaluación de la práctica supervisada en Psicología de la Intervención Social y Comunitaria. *V Curso-Encuentro sobre docencia de la Facultad de Psicología de la Universidad de Sevilla* (pp. 66-108). Facultad de Psicología, Universidad de Sevilla.
- Maya-Jariego, Isidro (2016a). Ecological settings and theory of community action: "There is nothing more practical than a good theory" in Community Psychology. *Global Journal of Community Psychology Practice*, 7(2), 1-6. <https://doi.org/10.7728/0702201605>
- Maya-Jariego, Isidro (2016b). Competencies for community psychology practice in Spain: Standards, quality and challenges in social intervention. *Global Journal of Community Psychology Practice*, 7(4), 1-15.
- Maya-Jariego, Isidro (2021). *Community Prevention of Child Labor*. Springer International Publishing. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-70810-8>
- Maya-Jariego, Isidro (2023). Múltiples niveles ecológicos en el estudio del sentido psicológico de comunidad con el barrio de residencia. *Apuntes de Psicología*, 41(3), 131-135. <https://doi.org/10.55414/ap.v41i3.1564>
- Maya-Jariego, Isidro y Armitage, Neil (2007). Multiple senses of community in migration and commuting: The interplay between time, space and relations. *International Sociology*, 22(6), 743-766. <https://journals.sagepub.com/doi/abs/10.1177/0268580907082259>
- Maya-Jariego, Isidro; González-Tinoco, Elena y Muñoz-Alvis, Andrés (2023a). Frecuentar lugares de barrios colindantes incide en el sentido psicológico de comunidad: estudio de caso en la ciudad de Sevilla (España). *Apuntes de Psicología*, 41(3), 137-151. <https://doi.org/10.55414/ap.v41i3.1550>
- Maya-Jariego, Isidro y Holgado, Daniel (2015). Living in the metropolitan area. Correlation of interurban mobility with the structural cohesion of personal networks and the originative sense of community. *Psychosocial Intervention*, 24(3), 185-190. <https://doi.org/10.1016/j.psi.2015.09.001>
- Maya-Jariego, Isidro y Holgado, Daniel (2021a). *Qué funciona en la prevención comunitaria. Casos de intervención psicosocial efectiva*. Madrid, Pirámide.
- Maya-Jariego, Isidro y Holgado, Daniel (2021b). Influencers and connectors in community prevention of drug abuse: balance between multi-site consistency and local community fit in program implementation. *Psychosocial Intervention*, 30(1), 13-26. <https://doi.org/10.5093/pi2020a9>
- Maya-Jariego, Isidro; Holgado, Daniel; Santolaya, Francisco J.; Gavilán, Antonio y Ramos, Ignacio (2010). *Comunidades preparadas para la salud. Preparación comunitaria y práctica profesional de los trabajadores sociales de Atención Primaria en Andalucía*. Bubok.
- Maya-Jariego, Isidro; Holgado, Daniel y Santolaya, Francisco J. (2023b). What works to promote community engagement: Strategic plan for volunteering and participation in Andalusia (Spain). *Analyses of Social Issues and Public Policy*, 23(2), 259-281. <https://doi.org/10.1111/asap.12344>
- Maya-Jariego, Isidro; Letina, Srebrenka y González-Tinoco, Elena (2020). Personal networks and psychological attributes: Exploring individual differences in personality and sense of community and their relationship to the structure of personal networks. *Network Science*, 8(2), 168-188. <https://doi.org/10.1017/nws.2019.15>
- McMillan, David W. y Chavis, David M. (1986). Sense of community: A definition and theory. *Journal of Community Psychology*, 14(1), 6-23. [https://doi.org/10.1002/1520-6629\(198601\)14:1%3C6::AID-JCOP2290140103%3E3.0.CO;2-I](https://doi.org/10.1002/1520-6629(198601)14:1%3C6::AID-JCOP2290140103%3E3.0.CO;2-I)
- Neal, Zachary P. (2017). Taking stock of the diversity and sense of community debate. *American Journal of Community Psychology*, 59, 255-260. <https://doi.org/10.1002/ajcp.12132>
- Neal, Zachary P. y Neal, Jennifer W. (2014). The (In)compatibility of Diversity and Sense of Community. *American Journal of Community Psychology*, 53(1-2), 1-12. <https://doi.org/10.1007/s10464-013-9608-0>
- Neal, Jennifer W. y Neal, Zachary P. (2019). Implementation capital: merging frameworks of implementation outcomes and social capital to support the use of evidence-based practices. *Implementation Science*, 14, 1-9. <https://doi.org/10.1186/s13012-019-0860-z>
- Nesbitt, J. Todd y Weiner, Daniel (2001). Conflicting environmental imaginaries and the politics of nature in Central Appalachia. *Geoforum*, 32(3), 333-349. [https://doi.org/10.1016/S0016-7185\(00\)00047-6](https://doi.org/10.1016/S0016-7185(00)00047-6)
- Perkins, Douglas D.; Florin, Paul; Rich, Richard C.; Wandersman, Abraham y Chavis, David M. (1990). Participation and

- the social and physical environment of residential blocks: Crime and community context. *American Journal of Community Psychology*, 18, 83-115. <https://doi.org/10.1007/BF00922690>
- Peterson, N. Andrew; Speer, Paul W. y McMillan, David W. (2008). Validation of a brief sense of community scale: Confirmation of the principal theory of sense of community. *Journal of Community Psychology*, 36(1), 61-73. <https://doi.org/10.1002/jcop.20217>
- Phinney, Jean S. (1989). Stages of ethnic identity development in minority group adolescents. *The Journal of Early Adolescence*, 9(1-2), 34-49. <https://doi.org/10.1177/0272431689091004>
- Putnam, Robert D. (2000). *Bowling alone: The collapse and revival of American community*. Simon and Schuster.
- Rimé, Bernard y Páez, Dario (2023). Why we gather: A new look, empirically documented, at Émile Durkheim's theory of collective assemblies and collective effervescence. *Perspectives on Psychological Science*, 17456916221146388. <https://doi.org/10.1177/17456916221146388>
- Sarason, Seymour B. (1974). *The psychological sense of community: Prospects for a community psychology*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Sullivan, William C.; Kuo, Frances E. y Depooter, Stephen F. (2004). The fruit of urban nature: Vital neighborhood spaces. *Environment and Behavior*, 36(5), 678-700. <https://doi.org/10.1177/0193841X04264945>
- Trickett, Edison J. (1996). A future for community psychology: The contexts of diversity and the diversity of contexts. *American Journal of Community Psychology*, 24(2), 209-234. <https://doi.org/10.1007/BF02510399>
- Vance, James D. (2017). *Hillbilly Elegy: A Memoir of a Family and Culture in Crisis*. William Collins.
- Von Scheve, Christian e Ismer, Sven (2013). Towards a theory of collective emotions. *Emotion Review*, 5(4), 406-413. <https://doi.org/10.1177/1754073913484170>
- Walsh, Richard T. (1987). A social historical note on the formal emergence of community psychology. *American Journal of Community Psychology*, 15, 523-529. <https://doi.org/10.1007/BF00929906>
- Wandersman, Abraham y Nation, Maury (1998). Urban neighborhoods and mental health: Psychological contributions to understanding toxicity, resilience, and interventions. *American Psychologist*, 53(6), 647. <http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.53.6.647>
- Wellman, Barry; Quan-Haase, Anabel; Boase, Jeffrey; Chen, Wenhong; Hampton, Keit; Díaz, Isabel y Miyata, Kakuko (2003). The social affordances of the Internet for networked individualism. *Journal of Computer-Mediated Communication*, 8(3), JCMC834. <https://doi.org/10.1111/j.1083-6101.2003.tb00216.x>
- Wood, Lisa; Frank, Lawrence. D. y Giles-Corti, Billie (2010). Sense of community and its relationship with walking and neighborhood design. *Social Science & Medicine*, 70(9), 1381-1390. <https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2010.01.021>